

C A R A Y Por IGNACIO AGUSTI C R U Z

hollywood,
entre
dos mujeres

LA muerte de Marilyn Monroe ha conmovido al mundo y ni siquiera nosotros — que debiéramos dejar a las restantes páginas de esta revista la glosa y la información — nos podemos sustraer a las reflexiones que nos depara el tema. Se ha dicho que la figura de la actriz desaparecida y su trágica muerte podían ser consideradas como símbolo de toda una sociedad. Podríamos añadir que el Hollywood ideal al que perteneció la artista no es ya la ciudad corrompida que incesantemente llenó de literatura nuestra mocedad; el algo más y algo distinto. A veces nos parece que no es el emporio corrompido, sino el emporio desazonado y desesperado. Durante mucho tiempo nos creímos que los devaneos de los protagonistas en su vida privada, que el seguido de divorcios y escándalos que de ellos nos llegaban, eran artilugios publicitarios anejos a su profesionalidad. El drama de Marilyn Monroe nos disuade de esta interpretación de los hechos. Y periódicamente nos desmenten otros acontecimientos la simple oleada de papel publicitario para dejarnos entrever una realidad más honda. Lamentable realidad que es como requisitoria fulminante, sociológica y moral.

Y, sin embargo, convendría oponer, a los alabonazos sinistros del trasfondo erótico y turbulento de Hollywood, la otra cara de una moneda que pueda servir, acaso, de contrapeso y de sedante. A la figura indefensa y zarandeada de la actriz desaparecida nos gusta ahora oponerle — mientras conservamos pidosamente su triste mito — el de otras egregias figuras femeninas que hicieron grande al cine y justificaron la existencia de aquel emporio. Y tenemos ante nosotros, en la evocación, límpida la imagen esbelta y noble y viva de la gran Greta Garbo, muerta para la vida del cine y aún para casi todo tipo de vida social, extraordinaria supervivencia del fabuloso mundo que creara. Nos merece un respeto profundísimo contemplar, en las escasas fotografías que de ella publican los periódicos, el escamoteo que hace a la publicidad de sus grandes ojos azules, tras unas gafas de color. Y la ausencia absoluta de escándalo, la dignidad tremenda de que se acompaña, rodeada de silencios. La gran diva muere todos los días de pie, valientemente, y afronta un océano que ella misma no buscó, un océano que se produjo como si corriera de pronto un telón de terciopelo sobre las farsas y los inventos de su arte.

Entre estas dos mujeres está la vastedad de Hollywood. La primera es la vida azarosa, nítida, excitada de una muchacha sin hogar — o mejor, con dieciocho hogares distintos y fugaces — en los aprehensivos de una soledad irremediable. En la segunda, es un temperamento egregio y esa misma soledad trascendida y como desecada. Dos vertientes opuestas de un emporio difícil y agitado, que exige al ser humano una aquilatación total y trágica de sus valores.

la muralla y el vuelo

Ya tenemos, en el momento en que escribo estas líneas, de nuevo un hombre en órbita planetaria. Se llama Nikolayev, tiene treinta y dos años, de los cuales solo lleva cinco de miembros afiliado al partido comunista. Este hombre se mueve dentro de su cápsula

como por su casa. Se acuesta después de cenar y conversa de vez en cuando con Nikita Kruschef a una distancia de 250 kilómetros de la tierra y mientras da una vuelta orbital cada ochenta y ocho minutos.

El acontecimiento se produce en los días que nosotros estamos dedicando a la conspicua realización de nuestras vacaciones estivales. En la semana de agosto, en que «campings» y carreteras del mundo occidental se hallan atestados de gentes en busca del sol, de la intemperie y de la horizontalidad, Nikolayev se echa un fin de semana que no podría permitirse un millonario. Navegar por las esferas y hacerlo ya poco menos que en «pullmans», con la facultad de vestirse el pijama por la noche en lugar del traje de plástico del cosmonauta, se nos antoja un lujo y un adelanto extraordinarios en esta clase de lances.

Todo ello sería extraordinario si al propio tiempo no se cumpliera cabalmente en estas mismas fechas un año de la erección, entre las dos zonas de Berlín, del llamado con propiedad emuro de la vergüenza. Los grandiosos y alentadores experimentos espaciales permiten a algunos hombres realizar docenas de vueltas alrededor de la tierra en pocos días y aún en pocas horas. Pero millares de seres humanos no pueden cruzar una calle para ir a encontrar, en la otra es-

los jóvenes de mi jardín

En esta tarde apacible de la mitad de agosto ha llegado una turba de jóvenes de ambos sexos a invadir el jardín, en compañía de mi hijo Miguel. Ya estoy, pues, en contacto con la nueva, novísima ola. La turba está compuesta de gentes que no tienen más de veinte años. Las muchachas son esbeltas, ágiles y hermosas. Visten, según se estila en verano en estas playas, blusas de vivos colores; y usan «shorts» muy ceñidos, que dejan al descubierto las gráciles piernas; o pantalones tejados. Algunas de ellas van descalzas, como gacelas. Ellos son unos personajes altos, cimbreantes y displicentes. Al verme, han venido todos a saludarme y he dado mi mano a veinticinco seres muy educados que son una síntesis de la nueva promoción, que no serán mucho mayores que yo cuando asome el año 2000, y que, de pronto, me han convertido en un hombre maduro, cargado de prejuicios y de antiguallas.

Se han sentado sobre el césped y se han puesto, unos, a escuchar unos discos de su tiempo; suena la canción de un muchacho de su edad, gangosa y confidente, sobre un ritmo pausado y sobrio. Otros — algunas de ellas — hojean unas revistas juveniles. Hay una especie de silencio previo que se deslie en la tarde. Yo les observo ahora, mientras escribo, a través de las persianas de plástico de mi estudio.

¿Cuántas cosas han debido de pasar sobre el mundo para que ocurra que mi casa sea invadida así. ¿Cuán lejos queda mi propia mocedad! Nosotros no íbamos en grupos y en manada de una casa a otra. Cuando yo tenía la edad de mi hijo hubiera sido inimaginable esa promiscuidad.

quina, a sus familiares, a sus amigos, a las gentes de su corazón. Hay un muro terrible levantado en la mitad de Europa, un muro que es el signo mismo de la falsedad de nuestra época astronáutica. Tiempo extravagante este, que tiene alus de ángel para cruzar los espacios hasta límites cada vez más imprevisibles y alejados; pero que tiene murallas de ladrillo artesano y de cemento y de hormigón; murallas medievales y prehistóricas, resabos tristes y arbitrarios de la cerrazón, de la incompreensión humana. Mientras exista esta dualidad no podremos considerar a nuestro tiempo como un tiempo de honor.

El astronauta Nikolayev volverá a la tierra. Cuando estas líneas aparezcan ya Moscú le habrá rendido un homenaje fastuoso. Las revistas gráficas nos mostrarán a un rostro sonriente y aguerrido, el rostro de un atleta triunfante. Mas nosotros buscaremos en otro lugar aquellos rostros desencajados y llorosos, la tribulación y el llanto de un par de ancianos que, desde su ventana, se despiden de los hijos a los que ya no volverán a ver, al otro lado del emuro de la vergüenza. «¿Para qué cruzar los espacios?», nos preguntaremos con esa pareja de ancianos. «¿Para qué? Si lo único que verdaderamente es necesario al corazón de los hombres es la facultad de poder cruzar una calle. ¡Solo poder cruzar una calle y nada más, Señor!»

Pero ahora esta me parece límpida, elocuente y natural. Un par de parejas se han incorporado y danzan ahora en la terraza. Ballan separados, sin arrobos delucoscentes, como si cumplieran un rito. Casi nunca bromean. Acabada la danza, se separan; él vuelve con los muchachos, ella se reintegra entre sus amigos. ¿Cuánto aplomo, cuánta serenidad, qué apacible y trasparente me parece la nueva ola! Nosotros éramos, sin duda, en nuestro tiempo, más enrevesados, quizá más turbios. Yo recuerdo el viejo, mustio y burgués casino de Moncada. Nos íbamos de tapadillo a fumar por los desmontes para que no nos vieran. Mi hijo y sus amigos fuman sin obstáculo. Yo estoy mucho más cerca de mi hijo de lo que jamás estuve de mi padre. Un padre era entonces un ser distante y misterioso. Yo no creo ser eso para mis hijos. Todo lo que ellos son yo lo sé y me gusta.

Pero ¿qué maduro me siento y qué triste detrás del «gradulux» de mi aposento, donde escribo! Desde que la turba ha entrado yo veo que esos años, que yo creía que eran solo como el perfume de un filo que agita un poco de brisa, son en realidad rescolido de fuego y leño ardiente de un árbol que los leñadores van talando. Ahora me explico los visajes de respeto y hasta de temor o la preocupación que tienen esos muchachos cuando me ven. En realidad, la preocupación debiera de ser mía. Yo les diría que por dentro me siento aún uno de ellos. Lo grave es que tener cincuenta años es tener varias veces veinte, pero no más de veinte varias veces. No los sumemos más. Para volver a sentirme como yo era, no me queda más que tirar un poco del cordón de la persiana y borrar la tarde. Entonces todo queda en un simple borrón de música y de voces.